

D. H. Lawrence

EL ZORRO
Y OTRAS HISTORIAS

Traducción del inglés
Francisco Torres Oliver



Madrid, 2010

Título original inglés: *Three novellas:
The ladybird, The fox, The captain's doll*

© de la traducción: Francisco Torres Oliver, 2010

© del diseño: Juan Antonio Fernández de Castro

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Lope de Rueda, 3, 6.º C. 28009 Madrid

info@nocturnaediciones.es

www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: noviembre de 2010

Primeras correcciones: Fátima Aranzabal

Composición: Safekat, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Ino Reproducciones, S.A.

ISBN: 978-84-938013-2-8

Depósito Legal: Z-3466-2010

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

ÍNDICE

LA MARIQUITA	9
EL MUÑECO DEL CAPITÁN.	123
EL ZORRO	266

LA MARIQUITA

¡Cuántos puñales tenía lady Beveridge en su corazón traspasado! Sin embargo, desde que había decidido no dejar que muriese su corazón compasivo y amable, siempre parecía haber sitio para otro. De no haber sido por esta decisión, quizá habría muerto de pura angustia en los años 1916 y 1917, cuando le mataron a los hijos y al hermano, y la muerte parecía andar segando entre su familia a grandes golpes de guadaña. Pero dejemos eso.

Lady Beveridge amaba a la humanidad; y, pasara lo que pasara, seguiría amándola. Más aún: en el sentido humano, amaría a sus enemigos. No a los enemigos que fueran criminales, no a los que cometían atrocidades, sino a los que no habían elegido por sí mismos ser enemigos. No se dejaría arrastrar a un odio general.

Alguien la había llamado el alma de Inglaterra. No estaba mal el nombre, aunque era medio irlandesa. Pero de una familia antigua, aristocrática, leal y famosa por sus hombres insignes. En cuanto a ella, a lady Beveridge, tuvo durante años tanta influencia en el tono de la

política inglesa como cualquiera de sus miembros vivos. Amiga íntima de los verdaderos líderes de la Cámara de los Lores y del gabinete ministerial, se resignaba a que actuaran los hombres con tal de que aspirasen de ella, como de la rosa de la vida, la pura fragancia de la verdad y del auténtico amor. No tenía duda sobre su propio espíritu.

Jamás arriaría su delicada bandera de seda. Por ejemplo, a lo largo de toda la agonía de la guerra, nunca olvidó a los prisioneros enemigos; siempre estuvo decidida a hacer cuanto podía por ellos. Durante los primeros años, aún contaba con su influencia. Pero hacia el final, el poder se le escapó de las manos, a ella y a los de su clase, y se encontró con que ya no podía hacer nada, o casi nada. Entonces fue como si multitud de puñales le atravesaran el corazón a esta pequeña e inquebrantable *Mater Dolorosa*. La nueva generación se burlaba de ella. Era una aristócrata rancia y anticuada, y su salón estaba pasado de moda.

Pero nos estamos adelantando. 1916 y 1917 fueron los años en que murió para siempre el viejo espíritu en Inglaterra. Pero lady Beveridge seguía luchando. Y estaba siendo derrotada.

Fue en el invierno de 1917, o a finales del otoño. Había pasado dos semanas hundida, abatida, paralizada por la muerte espantosa de su hijo más joven. Sentía que debía darse por vencida y morir. Y entonces se acordó de tantos otros que agonizaban.

Así que se levantó temblorosa y débil para visitar el hospital, cerca de Londres, donde yacía el enemigo herido y enfermo. Todavía

era la condesa Beveridge una mujer con privilegios. La sociedad empezaba a burlarse de esta avechilla cansada, de una rectitud y una estética anticuadas. Pero nadie osaba pensar mal de ella.

Pidió el coche y fue sola. Al conde, su marido, se le había antojado ir a Escocia. De modo que una pálida y soleada mañana de noviembre se dirigió lady Beveridge al hospital de Hurst Place. El guardia la conocía y le hizo el saludo al pasar. ¡Ah, estaba acostumbrada a este profundo respeto! Era extraño que lo sintiera tan hondo, cuando el respeto se estaba volviendo cada vez más superficial. Pero así era. Para ella suponía el principio del fin.

La enfermera jefe entró con ella en la sala. ¡Ay! Las camas estaban todas ocupadas y había incluso hombres acostados en jergones en el suelo. Reinaba en el lugar un desamparo; una tristeza hacinada, desesperanzada, como si nadie quisiera hacer un ruido ni pronunciar una palabra. Muchos hombres estaban macilentos y sin afeitarse; uno de ellos deliraba y hablaba a rachas en dialecto sajón. Esto conmovió profundamente a lady Beveridge. Había estudiado en Dresde y había tenido muy buenos amigos en la ciudad. Sus hijos también habían estudiado allí. Escuchó el dialecto sajón con dolor.

Era una mujer pequeña, frágil, elegante, con aspecto de avechilla, pero con ese toque inconfundible de mujer culta de finales del XIX. Revoloteaba con delicadeza de cama en cama, hablando en perfecto alemán, aunque con una entonación débil, inglesa, y preguntando continuamente si había algo que ella pudiera hacer. Los hombres

eran en su mayoría oficiales y caballeros. Le hacían pequeñas peticiones que ella anotaba en un cuaderno. Su rostro pálido, largo, cansado y sus gestos leves y nerviosos inspiraban confianza en cierto modo.

Había uno que yacía completamente inmóvil, con los ojos cerrados. Tenía una barba negra. Su cara era más bien pequeña y cetrina. Quizá estaba muerto. Lady Beveridge lo observó con atención y el temor asomó a su cara.

—Pero ¡si es el conde Dionys! —exclamó impresionada—. ¿Está usted durmiendo?

Era el conde Johann Dionys Psnaw de Bohemia. Lo había conocido cuando era un chico; y en la primavera de 1914, él y su esposa habían pasado unos días con lady Beveridge en su casa de campo de Leicestershire.

Sus ojos negros se abrieron: unos ojos grandes, negros, ausentes, bordeados de negras y rizadas pestañas. Era un hombre pequeño, pequeño como un adolescente, con el rostro pequeño también. Pero sus facciones eran interesantes, como si hubiesen estado animadas por una intensa energía masculina. Ahora la pasta atezada y amarillenta de su carne parecía muerta, y sus bellas y oscuras cejas parecían dibujadas en la cara de un muerto. Los ojos, sin embargo, estaban vivos; pero vivos nada más: no veían ni conocían.

—¿Sabe quién soy, conde Dionys? Me conoce, ¿verdad? —dijo lady Beveridge inclinándose sobre la cama.

Durante un rato no hubo respuesta. Luego, asomó a los ojos una expresión de reconocimiento y el semblante esbozó el espectro de una sonrisa cortés.

—Lady Beveridge.

Fueron los labios los que modelaron las palabras. Prácticamente, no hubo sonido alguno.

—Me alegra mucho que me reconozca. Siento muchísimo que esté usted herido. Lo siento muchísimo.

Los ojos negros la observaron desde esa lejanía terrible de la muerte, inamovibles.

—¿No hay nada que pueda hacer por usted? ¿Nada de nada? —añadió ella, hablando siempre en alemán.

Y al cabo de un rato, desde lejos, asomó la respuesta a sus ojos: una mirada de cansancio, de negativa, y un deseo de que le dejaran en paz; era incapaz de esforzarse para llegar a la conciencia. Sus párpados se cerraron.

—Lo siento —musitó ella—. Si en algún momento hay algo que yo pueda hacer...

Los ojos se abrieron otra vez y la miraron. Al fin parecía haberla oído, y fue como si los ojos hiciesen un gesto desmayado de cortés agradecimiento. Luego, lentamente, los párpados se volvieron a cerrar. La pobre lady Beveridge sintió otra puñalada de dolor en el corazón mientras miraba el rostro inmóvil y la barba negra y fina. Los pelos negros le brotaban finos, no muy espesos, de la piel. Tenía

un rostro pequeño, oscuro, aborigen, con una nariz pequeña y fina: no ario, evidentemente. E iba a morir.

Le había penetrado una bala en la parte superior del pecho, y otra le había roto una costilla. Hacía cinco días que estaba en el hospital.

Lady Beveridge pidió a la enfermera jefe que la llamase si ocurría algo. Luego, se marchó afligida. En vez de volver a Beveridge House, se dirigió al piso de su hija, próximo al parque, próximo a Hyde Park. Lady Daphne era pobre. Se había casado con un miembro de la Cámara de los Comunes, hijo de un famoso político de Inglaterra, pero sin dinero. En cuanto al conde Beveridge, había dilapidado la mayor parte de la gran fortuna que había ido a parar a sus manos; así que la hija tenía muy poco, relativamente.

Lady Beveridge sufría cada vez que cruzaba el estrecho portal que daba acceso al feo piso. Lady Daphne estaba sentada junto a la estufa eléctrica instalada en la chimenea del saloncito amarillo, hablando con una visita. Se levantó inmediatamente al ver entrar a su madre.

—¿Cómo, madre!, ¿tenías que salir? Estoy segura de que no.

—Sí, Daphne, querida. Claro que tenía que salir.

—¿Cómo te encuentras? —la voz de la hija era lenta y sonora, protectora, triste. Lady Daphne era alta; sólo tenía veinticinco años. Se había convertido en una belleza y su padre había esperado que hiciese una boda espléndida, cuando estalló la guerra. Verdaderamente, se había casado con la fama, pero no con el dinero. Ahora, el

sufrimiento, el dolor, la pasión frustrada habían causado en ella grandes estragos. Su marido se hallaba en el Este. El hijo le había nacido muerto. Sus dos queridos hermanos habían muerto. Y ella estaba enferma, enferma siempre.

Joven, alta, de formas bonitas, tenía la estatura magnífica de su padre. Aún mantenía los hombros rectos. Pero ¡qué delgado era su blanco cuello! Llevaba un sencillo vestido negro con un colorido respunte de lana alrededor del escote, ceñido con un también colorido cinturón holgado; ningún otro adorno. Y el rostro, precioso, franco, de una blancura suave y exótica, con delicadas mejillas encendidas. Su cabello era sedoso y espeso, de un dorado pálido, de un rubio ceniza. El cabello y el cutis los tenía tan perfectamente cuidados que casi parecían artificiales, como una flor de invernadero.

Pero, ¡ay!, era una belleza fallida. La amenazaba la tisis y estaba terriblemente delgada. Los ojos eran la parte más triste de ella. Tenían los bordes enrojecidos, nerviosos, con unos párpados pesados y llenos de venas, y parecía que no quisieran mantenerse levantados. Los ojos propiamente dichos eran grandes, de un hermoso color verdeazul. Pero eran abultados, lánguidos, casi glaucos.

De pie como estaba, joven, alta, con un cuerpo bonito, mirando con afectuosa ansiedad a su madre, llenaba el corazón de ceniza. La pequeña y conmovedora madre, maravillosa a su manera, no tenía por qué ser compadecida, a pesar de todo su dolor. Su vida estaba en estos sufrimientos y en sus tribulaciones a causa del sufrimiento de

los demás. Pero Daphne no había nacido para el dolor y la filantropía. Con su cuerpo espléndido, sus largas, preciosas y fuertes piernas, era Artemisa o Atalanta, más que Dafne. Tenía cierta anchura de frente, y hasta de mentón, que denotaba una naturaleza fuerte y atrevida; y sus ojos hundidos y curiosamente rasgados revelaban una energía indomable y contenida en su interior.

Eso era lo que la aquejaba: su propia energía indomable. La había heredado de su padre y de la raza desesperada de su padre. La estirpe había empezado con un soldado fronterizo, turbulento y arrojado, y esa era la sangre que predominaba. Y, ¡ay!, ¿qué podía hacerse con ella?

Daphne se había casado con un hombre adorable; un hombre realmente adorable. Cuando, en realidad, lo que necesitaba era un hombre temerario. Aunque, racionalmente, odiaba a los temerarios: su madre la había educado en la admiración por los buenos.

Así que su pasión impetuosa, antifilantrópica, no encontraba salida... ni debía encontrarla, pensaba. Y así, su propia sangre se volvía contra ella, le martilleaba los nervios, la destruía. No era sino ira y frustración lo que la consumía, y hacía temer a los médicos que fuera tuberculosis. Allí estaba, dibujada en su boca más bien grande: la frustración, la ira, la amargura. Allí estaba también, en el sesgo de sus ojos verdeazules, en su mirada desviada, apartada: la misma ira volviéndosele furtivamente hacia dentro. Una ira que le enrojecía los ojos y le destrozaba los nervios. Y, sin embargo, tenía toda la volun-

tad puesta en la asunción del credo de su madre y en la condenación del padre apuesto, altanero y brutal que tanta desgracia había acarreado a la familia. Sí, su voluntad estaba puesta en la convicción de que la vida debía ser amable y buena y benévola. Mientras que su sangre era impulsiva: era la sangre de los osados. Su voluntad era la más fuerte de las dos. Pero su sangre se vengaba. Es lo que les ocurre a las naturalezas fuertes de hoy: son destruidas desde dentro.

—¿Tienes noticias, querida? —preguntó la madre.

—No. Mi suegro se ha enterado de que han llevado a los prisioneros británicos a Hasruhn, y que los turcos van a mandar detalles. Según han dicho algunos prisioneros árabes, Basil es uno de los ingleses heridos que han trasladado.

—¿Cuándo te has enterado de eso?

—Primrose ha venido esta mañana.

—Entonces, podemos tener esperanzas, cariño.

—Sí.

Nada había más apagado y amargo que la afirmación de esperanza de Daphne. La esperanza se había vuelto para ella casi una maldición. Deseaba no necesitar tal cosa. ¡Ah, el tormento de la esperanza, y la injuria al alma de una! Como la viuda insistente que reclama machaconamente merecimientos. ¿Por qué no era todo una pura catástrofe y terminaba de una vez? Estos devaneos con la desesperación eran peor que la desesperación misma. Había esperado mucho. ¡Ah, con cuánta angustia había alimentado esperanzas por sus queri-

dos hermanos! Sin embargo, los dos seres que más había querido habían muerto. Igual que casi todos aquellos por los que había abrigado esperanzas. Sólo la laceraba aún esta incertidumbre sobre su marido.

—¿Te sientes mejor, cariño? —preguntó la pequeña, insatisfecha madre.

—Algo mejor —brotó la resentida respuesta.

—¿Qué tal la noche?

—Igual.

Hubo un silencio.

—¿Vienes a comer conmigo, Daphne, cariño?

—No, madre. He quedado en ir a comer a casa de los Howard, con Primrose. Pero aún tengo un cuarto de hora. Siéntate.

Las dos mujeres se sentaron junto a la estufa eléctrica de la chimenea. Hubo un silencio glacial durante el cual no supieron qué decir. Luego, Daphne se animó a mirar a su madre.

—¿Seguro que estás en condiciones de salir? —preguntó—. ¿Qué te ha hecho salir tan de repente?

—He ido al Hurst Place, querida. No se me van del pensamiento esos hombres, después de lo que han estado diciendo los periódicos.

—¿Por qué se te ocurre leer los periódicos? —soltó Daphne con ácida, fogosa irritación—. Bueno —añadió, más calmada—. ¿Te sientes mejor ahora que has estado?

—Hay mucha gente que sufre además de nosotros, cariño.

—Lo sé. Lo cual hace que todo sea peor. No importaría si se tratara sólo de nosotros. Importaría, pero al menos una podría soportarlo más fácilmente. Se sentiría una más en una multitud en la que todo el mundo está en la misma situación.

—Y algunos, incluso peor, cariño.

—¡Ah, por supuesto! Y cuanto peor están todos, peor está una.

—¿Tú crees, cariño? Procura no verlo tan negro. Yo creo que si doy un poquito de mí misma para ayudar a otros..., no sé..., me alivia. Yo creo que lo que dé a los hombres que hay allí, Daphne, lo doy a mis propios hijos. Sólo puedo ayudarles ahora ayudando a los demás. Pero aún puedo hacerlo, Daphne, mi vida.

Y la madre posó su mano blanca y pequeña sobre la larga, blanca, fría mano de su hija. Y asomaron lágrimas a los ojos de Daphne, y una mueca pétrea y horrible a su boca.

—Es maravilloso que puedas sentir eso —dijo.

—Y tú sientes lo mismo, cariño. Lo sé.

—No, yo no. Cada persona que veo sufriendo este espanto me hace desear más que llegue el fin del mundo. Y me doy perfecta cuenta de que el mundo no se va a acabar...

—Pues te haría sentirte mejor. Estos tiempos son como una gran enfermedad..., como una terrible pulmonía que destroza el pecho del mundo.

—¿Tú crees que se curará? Yo, no.

—Se curará. Ya lo creo que se curará. No está bien pensar lo contrario, Daphne. Recuerda cómo ha sido antes, incluso en Europa. ¡Ah, Daphne, debemos tener una visión más amplia!

—Sí; supongo que sí.

La hija hablaba con rapidez, de labios para afuera, en un tono monocorde, resonante. La madre hablaba desde el corazón.

—¡Ah, Daphne! He encontrado a un viejo amigo entre los hombres de Hurst Place.

—¿A quién?

—Al pequeño conde Dionys. ¿Te acuerdas de él?

—Claro. ¿Qué le pasa?

—Está malherido... en el pecho. Se encuentra muy mal.

—¿Has hablado con él?

—Sí. Le he reconocido a pesar de la barba.

—¿Tiene barba?

—Sí..., una barba negra. Supongo que no le pueden afeitar. Parece extraño que esté con vida. Pobre hombre.

—Extraño ¿por qué? No es viejo. ¿Qué edad tiene?

—Tendrá entre treinta y cuarenta años. Pero está muy mal, muy grave, Daphne. Y se le ve pequeño y cetrino... *Smorto*, como dicen en Italia. Ese aspecto que se les pone a los que son morenos. Resulta doloroso.

—Entonces, ¿ahora aparenta ser muy pequeño... y raro? —preguntó la hija.

—No; no raro. Tiene esa ausencia terrible del niño que está muy enfermo y no sabe qué le duele. ¡Pobre conde Dionys, Daphne! No sabía que tenía los ojos tan negros y las pestañas tan rizadas y largas. Nunca lo habría considerado guapo.

—Ni yo. Sólo un poco cómico. Un hombre bajo y atildado.

—Sí. Pero ahora, Daphne, hay algo remoto y dolorosamente heroico en su cara morena. Algo primitivo.

—¿Qué te ha dicho?

—No podía hablar. Sólo ha pronunciado mi nombre con los labios.

—¿Tan mal está?

—Sí. Temen que morirá.

—Pobre conde Dionys. Me caía bien. Era un poco como un mono, pero tenía sus cualidades. Cuando cumplí los diecisiete, me regaló un dedal. Un dedal muy gracioso.

—Lo recuerdo, cariño.

—Su mujer, en cambio, es antipática. Dudo que le importe morir lejos de ella. Dudo que ella se entere siquiera.

—Creo que no. Ni siquiera sabían su nombre. Sólo que era coronel de no sé qué regimiento.

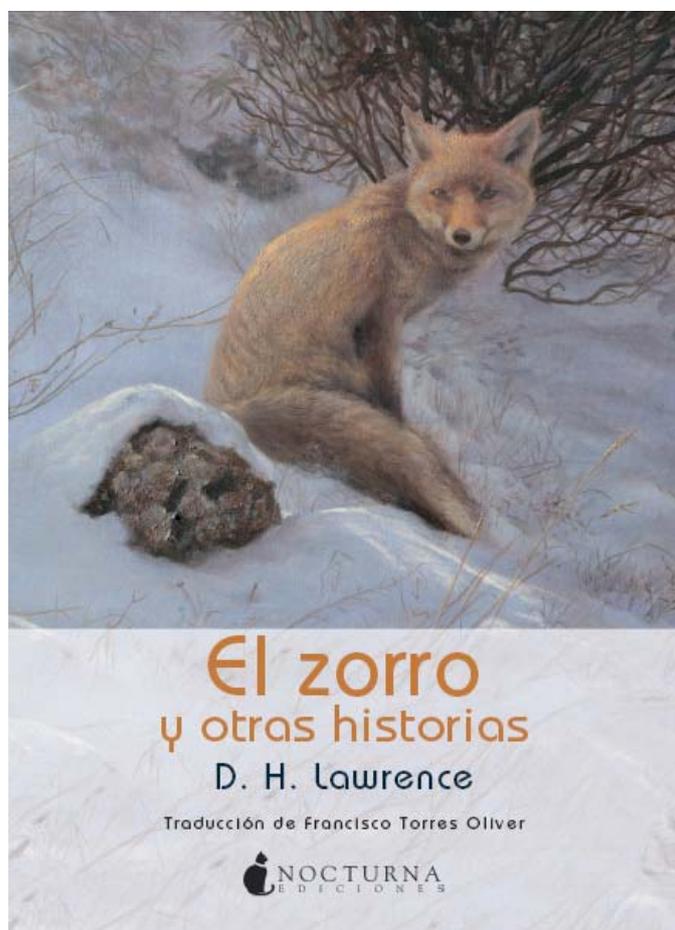
—Del cuarto de Caballería —dijo Daphne—. ¡Pobre conde Dionys! Su nombre me ha parecido siempre precioso: conde Johann Dionys Psanek. Era un dandi extraordinario. Y un bailarín sorprendentemente bueno; bajo, pero vigoroso. Me pregunto si le importará morir.

SIGUE LEYENDO

A la venta: **15-11-2010**

EL ZORRO Y OTRAS HISTORIAS

D. H. Lawrence



ISBN: 978-84-938013-2-8. PVP: 15,95 €

 **NOCTURNA**
EDICIONES

Distribución: UDL Libros (www.udllibros.com)
Ámbito nacional (España)